

Estadísticas y servicios esenciales

José García Montalvo

Catedrático de Economía de la UPF

Hace tiempo que sabemos que vivimos un periodo caracterizado por un elevado grado de incertidumbre. Pero los niveles alcanzados como consecuencia del COVID-19 no tienen precedentes recientes. Y toda esta incertidumbre tiene su origen en los parámetros que definen la evolución de la pandemia. Pero vayamos por partes. Estos días la pregunta del millón es el impacto de la pandemia sobre la economía, y si la salida será rápida (V), lenta (U) o muy lenta (L). La incertidumbre sobre la evolución de la economía en el futuro viene determinada por la incerteza sobre varios factores. El primer grupo de condicionantes tienen su origen en la incertidumbre sobre si el volumen total de ayudas públicas será suficiente para hacer frente al problema, la efectividad de las políticas elegidas y la eficacia con que se produzca la aplicación de las mismas. El segundo grupo depende directamente de la dinámica de la pandemia y de las decisiones vinculadas a la misma: la duración del confinamiento y como se va producir la “desescalada”.

Al final estas decisiones dependerán de unas tasas sobre las cuales existe un nivel de incertidumbre enorme por falta de datos de calidad. Esto parece paradójico puesto que todos los días vemos los medios llenos de “curvas”, número de infectados y fallecidos, desglose por edades, por territorios, etc. Desafortunadamente la mayoría de estos datos tienen muy poca utilidad por los elevados errores en la medición y los sesgos de selección que generan los protocolos de aplicación de las pruebas para determinar los infectados y contabilizar los fallecidos. Algunos apuntan a que habrá que esperar meses hasta saber cuales han sido las tasas reales de infección y mortalidad. Pero si pudiéramos reducir ya la incertidumbre sobre estas tasas la ganancia sería enorme. El mayor error que se está cometiendo en la gestión de esta crisis es el desprecio por obtener datos de calidad que puedan ayudar a disminuir la incertidumbre vinculada a la dinámica de la pandemia, lo que ayudaría a tomar decisiones informadas. En fin, que las operaciones estadísticas relacionadas con el COVID-19 deberían ser consideradas actividades esenciales y absorber un volumen de recursos suficiente.

Respecto al primer grupo de factores, que tienen que ver con la efectividad de las políticas, los países han tomado en general un conjunto similar de acciones destinadas a mantener la renta de las familias y la liquidez de las empresas. Es cierto que hay particularidades en su financiación. Por ejemplo, en el Reino Unido el Banco de Inglaterra permitirá al gobierno descubierto en su cuenta lo que, de hecho, es pagar el gasto público imprimiendo directamente dinero aunque, en principio, deberá devolverlo. En total Estados Unidos tiene un paquete de rescate de dos billones de dólares. Japón prepara un plan de estímulo de un billón y la UE prepara medio billón a añadir a los planes de cada país. Por el contrario China no parece dispuesta a una gran expansión como en 2008. De todas formas no está claro si estas acciones serán suficientes. Las diferencias mayores entre países están en la eficiencia en la gestión y la aplicación práctica de las medidas.

Los efectos económicos de la pandemia son fundamentalmente consecuencia del confinamiento, que ha sido la medida no sanitaria adoptada por muchos países para controlar

la epidemia. Por tanto la incertidumbre clave para amortiguar el impacto económico es decidir cuándo acabar el confinamiento o, al menos, reducir su intensidad. Para contestar esta pregunta hacen falta datos fiables. Todos los días vemos gráficos y resultados de simulaciones de modelos epidemiológicos con predicciones sobre la dinámica de la pandemia. Estos modelos tipo SIR (susceptible-infectado-recuperado) son simples sistemas de ecuaciones diferenciales que podría resolver un estudiante de primero de economía. Pero las predicciones tienen unas bandas de confianza enormes, que normalmente no se muestran, pues la dinámica no depende solo de las ecuaciones sino, entre otros, del cómputo de infectados, de la tasa de infección y de la tasa de recuperación. Aquí es donde empiezan los problemas. No sabemos cuántos infectados hay pues muchos son asintomáticos y en muchos países solo se hacen pruebas a aquellos que tienen síntomas evidentes. Por si esto fuera poco, las políticas para hacer las pruebas cambian en el tiempo y entre países. Algunos estudios, con datos muy limitados, sitúan los infectados asintomáticos entre el 25 y el 52% del total. Un nivel de incertidumbre enorme.

Tampoco existen buenas cifras sobre las tasas de mortalidad. Los países también cuentan los fallecidos por el COVID de manera diferente y los criterios van cambiando en el tiempo. Para intentar evitar estos problemas se podría utilizar un procedimiento indirecto a partir de calcular la diferencia entre las muertes en un día normal de otros años con las que se están produciendo durante la pandemia. El exceso de mortalidad de estos días frente a los mismos días de años anteriores es generalmente muy superior a los datos de muertos del COVID-19: dos ejemplos serían Castilla la Mancha o Nueva York. Pero este exceso de mortalidad no se puede atribuir simplemente al COVID-19: la comorbilidad (pacientes mayores con otras enfermedades) implica el adelanto de la mortalidad que se produciría en los siguientes meses y, además, se genera mortalidad indirecta (personas que, por ejemplo, sufren un ataque al corazón pero por miedo al coronavirus no acuden con rapidez al hospital). Además hay muertes que no se producen y que de otra forma se producirían (por ejemplo muertos en accidente de tráfico). El análisis sobre fallecidos en Nueva York muestra que el efecto adelanto de la mortalidad y reducción de otras muertes por el confinamiento no son muy relevantes, mientras que el efecto indirecto es muy importante en el exceso de mortalidad.

A pesar de los problemas del cálculo de la mortalidad, algunos estudios utilizan estos datos para calcular indirectamente los infectados, ante las grandes dificultades de la estimación directa. Este es el caso del estudio del Imperial College que indica que en España hay 7 millones de infectados, el 15% de la población. Pero esta es la media de la estimación. Las bandas de confianza de la estimación se extienden desde el 3,7% hasta el 41%. En pocas palabras: incertidumbre total.

Para hacer un cálculo correcto de las magnitudes relevantes sería necesario obtener una muestra aleatoria grande y hacer pruebas repetidas a todos sus miembros. Como alternativa, John Ioannidis, catedrático de Stanford, encontró una forma inteligente de aproximarse al problema analizando una muestra donde todos sus miembros fueron testados por coronavirus: el crucero Diamond Princess. Sus cálculos muestran que si se aplican las tasas de mortalidad por edad de esta muestra a la población de Estados Unidos se obtiene una tasa de mortalidad del 0,125%. Añadiendo fuentes de incertidumbre extra, por lo limitado de la muestra, la tasa de mortalidad estaría entre el 0,05% y el 1%. Otro estudio más reciente,

utilizando datos de Estados Unidos sobre una muestra de pacientes con “síntomas similares a la gripe” estima una tasa de mortalidad del 0,1%. Nada que ver con el 10% que se obtiene con los datos observados en España, o el 6% de los datos internacionales.

En esta situación de enorme incertidumbre sobre los parámetros básicos de la pandemia a pesar de la importancia de los mismos para el “desescalamiento” de las medidas de confinamiento y su impacto económico, es sorprendente que no haya habido una iniciativa colaborativa de todos los países, quizás encabezada por la OMS, para realizar un muestreo adecuado para estimar estos parámetros con unas bandas de confianza estrechas. Se ha primado lo urgente pero se ha minusvalorado lo importante. Desde esta perspectiva, y aunque tardíamente, sea bienvenida la iniciativa del Gobierno español para realizar un estudio de seroprevalencia en una gran muestra aleatoria con la colaboración del Instituto Carlos III y el INE.

Desgraciadamente nos llenamos la boca de la importancia de los datos en la sociedad moderna pero cuando llega el momento de actuar despreciamos la relevancia de contar con buena información. Y nos dedicamos horas y horas a discutir sobre números que son prácticamente irrelevantes por su elevado grado de imprecisión, generando una creciente desconfianza entre los ciudadanos. Reducir estas incertidumbres debería haber sido considerada una actividad esencial en importancia y recursos. Es inaceptable que no haya sido así. Ha sido el error más grave de la gestión de esta pandemia.